

Aurelio González. *El Romancero en América*. Madrid: Síntesis, 2003; 287 pp.

Este título ofrece un panorama de los trabajos que se han realizado sobre el romancero en el continente americano. A diferencia del *Romancero tradicional de América* de Mercedes Díaz Roig, no es sólo una antología de los romances pertenecientes a la tradición americana, sino que incluye referencias sobre artículos, recolecciones y romanceros que se han publicado en el continente. La información está organizada en catorce capítulos, que atienden precisiones sobre el género, la historia, la tradición en cada país, una selección de catorce versiones de romances poco frecuentes en América y que se complementa con apéndices y bibliografía que facilitan su consulta.

En el primer capítulo, "El Romancero" (9-32), encontramos interesantes discusiones sobre la oralidad, la literatura popular y tradicional, así como sobre la "apertura" en el romancero. Aurelio González entiende al transmisor de textos orales como un creador que actúa sobre patrones narrativos, a diferencia de los que piensan que la génesis del texto se da en el momento de la performance. Esto lo lleva a proponer dos pasos para integrar un proceso de transmisión: creación del texto y ejecución-recepción o *performance*. Siguiendo la línea temática, se precisa que la poesía oral son "textos", líricos o narrativos, organizados "métrica o incluso rítmicamente", dentro de la transmisión y que, además de pertenecer a una tradición literaria, son parte de una tradición ideológica, por lo que sus características no radican sólo en "su forma de transmisión, sino también [en] el hecho de estar compuest[o]s de acuerdo con unos principios estéticos y estilísticos particulares" (16). Para diferenciar entre literatura popular y tradicional, el autor se basa en las ideas de Menéndez Pidal; a partir de ellas reflexiona sobre la tradicionalidad e infiere que, a diferencia de la literatura culta, cuyos significados se pueden interpretar sin modificar los significantes, en la literatura tradicional "la apertura de los significantes posibilita en gran medida la apertura de los significados" (19). Se plantea al romance como un género que permite variantes (abierto), que sin embargo se mantienen dentro de un código lingüístico. A diferencia de otros géneros orales, el romance se distingue por sus estructuras sintácticas y sintagmáticas, así como por

su contenido, que permiten su re-creación. Por ello, propone entender la apertura “[...] en dos sentidos: por una parte, como la aplicación de la amplia gama de posibilidades de variación discursiva, como apertura de significantes; y por otra, como la posibilidad de transformación del significado” (19). En oposición a la postura individualista, Aurelio González sostiene que esas variaciones son una voluntad creativa y no un fallo de la memoria. El apartado termina con una definición del romance y una clasificación cronológica, estilística y temática.

El capítulo dos, “Trayectoria del Romancero” (33-45), es un repaso histórico de la transmisión y vida del género hasta llegar a América. Puntos a destacar son los cambios formales (estrofismo e incorporación de fragmentos líricos) y la penetración del romance en la literatura culta de los siglos XVI y XVII en España, cosa que lo aleja de temas tradicionales. Como ejemplos para el siglo XIX americano encontramos que en México Ignacio Manuel Altamirano incluye dos romances en *Navidad en las montañas* y Guillermo Prieto escribe un *Romancero nacional*, registrando los episodios históricos. En Cuba, el movimiento romancístico recreaba imágenes medievales moriscas de la península, en Colombia se compila un *Romancero bolivariano*, alabando al libertador y en Chile, como afirmación del nacionalismo, Carlos Walker Martínez escribe *Romances americanos*.

El capítulo tres, “Llegada del Romancero a América” (47-63), es una revisión de la vida del género en tierras americanas y se enfoca en la época de la Conquista. Desde el arribo de los europeos a América y la llegada de pliegos sueltos, libros de música y romanceros, se crearon distintas versiones de romances viejos; dan testimonio de ello los cronistas Bernal Díaz del Castillo, Las Casas y Cieza de León. Aunque algunos autores americanos, como Sor Juana, cultivaron el género, *La Araucana* de Ercilla se considera el gran trabajo romancístico. En este “Romancero de la Conquista” abunda el cuartetismo, el empleo de referencias cultas y un desplazamiento del espíritu épico hacia lo novelesco; incluida por supuesto la figura de Hernán Cortés, también retratada por Gabriel Lobo Lasso de la Vega en la Península.

“La recolección moderna del Romancero de tradición oral en América” (65-113) es el título del capítulo cuatro. En este quedan consignados todos los trabajos dedicados al continente, desde *Cantos populares de Brasil*

(1885), pasando por *Los romances de América y otros estudios* de Menéndez Pidal, *A Bibliography of the 'Romance' and Related Forms in Spanish America* (1963) de Merle Simmons y el *Romancero tradicional de América* (1990) de Mercedes Díaz Roig, hasta las recolecciones de los años 1998 al 2001 hechas para el *Atlas de la cultura popular cubana*. Las referencias están ordenadas por fechas y países, lo que hace muy sencillo seguir una línea de investigaciones para una zona específica. Sólo países como Honduras, Paraguay, Ecuador, Panamá y El Salvador proporcionan escasa o nula información. En la misma sección se delimita un corpus del romancero americano, se enlistan los romances clasificándolos por características temáticas, estilísticas, de transmisión y geográficas, distinguiendo entre ellos los que sólo se encuentran en la tradición brasileña. Reproduce la lista en la que Díaz Roig ha organizado el número de romances presentes en cada nación americana, así como sus versiones. Aurelio González finaliza con notas para todos y cada uno de los 157 romances incluidos en el corpus americano.

En el quinto capítulo, "Características generales del Romancero en América" (115-136), se ejemplifica la asimilación del romance al contexto americano, según cinco divisiones: 1) "Características léxicas", que son las adecuaciones al medio: diminutivos, cambios de acentuación y adaptaciones al español o portugués de América, flora, fauna, así como la clasificación de los personajes según los nombres americanos. Se estudia asimismo la sustitución de voces que no se entienden en América por otras inteligibles en cada zona. 2) "Características geográficas", sobre todo topónimos, que involucran nuevas realidades. 3) "Características formales", sección en la que se menciona la existencia de paralelismos y de fórmulas (como la del oro y la plata). 4) Para las "Características temáticas" se cita a Ana Valenciano, que caracteriza al romancero americano como folclórico, y a Ana Pelegrini, en cuanto a los romances infantiles. 5) Entre las "Derivaciones romancísticas" se menciona la existencia de romances criollos en Argentina, corridos chilenos y, en México, con las características formales del corrido mexicano, introducciones, despedidas, polimetría, estrofismo y rima varia.

A partir del capítulo seis y hasta el catorce (137-205), se revisa en específico cada una de las zonas geográficas americanas, incluyendo "La tradición portuguesa" (estudiada en Brasil, Estados Unidos y Canadá)

y “La tradición sefardí”. En la mayoría de estos apartados la estructura es semejante: mención de la presencia hispánica, la historia en títulos y autores de la investigación romancística, el corpus, distribución geográfica y un ejemplo por cada país o región. Es de notar que el autor le da un seguimiento al motivo “no me entierren en sagrado” y proporciona datos sobre este siempre que es posible. Otros de los aspectos relevantes contenidos en estos capítulos son: la distinción que hacen los investigadores norteamericanos entre el folclor mexicano y el del “México de afuera”; la diferencia entre romance y corrido en México (*Bernal Francés* se utiliza para ilustrar la transición de un género al otro); los romances *Mi hijo se ha casado* (Cuba) y *Román Castillo* (México), ambos citados para hablar de la creación local; la mención de algunos trabajos (el *Romancero chileno* por ejemplo) en los que se trata a la música como un elemento más de la transmisión, aspecto en verdad poco estudiado. Hablando de Uruguay, se dice que la colección más importante está inédita en el Archivo Menéndez Pidal; sobre la tradición portuguesa fuera de Brasil, se afirma que está conformada sobre todo con textos europeos traídos por los emigrantes; sobre la tradición sefardí, leemos que trata de recuperar las versiones originales “de sus comunidades antes de trasladarse a América”. Aunque el estudio del romancero americano no es una labor acabada, este texto pone en claro las zonas y los aspectos que aún quedan desatendidos, lo que lo hace, por esto y por su información sistematizada, punto de partida para nuevas investigaciones.

Al final del libro se anexa una selección de romances poco frecuentes; además, se hace una lista de las fuentes del corpus americano, organizada alfabéticamente por nombre del romance y autor que lo recoge. La información se organiza en: países hispanohablantes (dividido en romances, romances vulgares de pliego suelto y de tradición oral y romances nuevos y de origen libresco), Brasil, referencias bibliográficas de los recolectores contenidos en la relación anterior (divididos en Hispanoamérica, brasileñas y romancero sefardí y portugués en América). Acompaña también una lista de los títulos de los romances recogidos en América en la tradición oral, proporcionando, cuando se cuenta con él, el número del Índice general del romancero del Seminario Menéndez Pidal; otra lista con títulos posibles para los romances listados, una más con la distribución geográfica de los romances, un índice de nombres propios, un

glosario de términos y un cuadro cronológico desde 1421 hasta 1978 con cuatro columnas: año, el romancero y su evolución, historia y sociedad, cultura y arte. La bibliografía final se divide en recopilaciones generales, antologías y bibliografías; estudios generales, estudios sobre romances presentes en la tradición americana y referencias bibliográficas utilizadas en el texto.

El romancero americano ha sido investigado sobre todo considerando los límites geográficos. Son escasos los textos que trabajan al género desde una perspectiva global y panorámica; por ello, este libro llena un vacío importante y se presenta como una útil fuente de información para continuar el estudio. Sus precisas referencias bibliográficas, acotaciones a los romances hallados y la organización de la información lo hacen un valioso complemento de las recopilaciones que se han realizado a nivel local y para el continente.

JOSÉ LUIS GUTIÉRREZ ROCHA

UAM IZTAPALAPA